

CAPITÁN FRACASA

Anjel Lertxundi



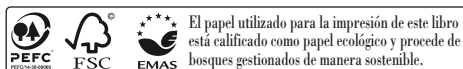
erein

NARRATIVA

CAPITÁN FRACASA

erein

NARRATIVA · 49



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España



Plan de Fomento de la Lectura 2021-2024

1.ª edición: abril 2023

Título original: *Kapitain Frakasa*

Maquetación: Erein

Imagen de portada:

Fotograma del film *Le qui des brumes*, de Marcel Carné

© de la traducción: Jorge Giménez Bech

© Anjel Lertxundi

© EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-671-9

D. L.: D 325-2023

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

Anjel Lertxundi

CAPITÁN FRACASA

Traducción de Jorge Giménez Bech,
editada por el autor.

erein

NARRATIVA

Fracasa, que es el personaje que ha de crear vuestra merced, porque el que va tras los demás no es nunca más que segundo, quisiera ser valiente a fe; gusta del valor, los animosos le agradan y él mismo se indigna de ser tan amilanado.

Théophile Gautier, *Capitán Fracasa*
(Traducción de C. Nougués Gil)

I

1

EL AGUA FRÍA AÑADIDA al pastís en su justa medida alivió mi garganta reseca. Abrí el periódico que acababa de comprar, aunque sabía bien que el asesinato de Monique se había producido demasiado tarde para que los periódicos lo recogieran. Ni una sola noticia lograba captar mi atención, pero el periódico abierto me permitía ocultar el rostro. Una voz punzante me hizo levantar la cabeza sobresaltado. La mujer joven que apoyaba su mano en el respaldo de la silla blanca situada frente a mí llevaba un vestido verde. Verdes eran también sus ojos. ¿Está libre?, me preguntó, y se sentó a mi mesa sin esperar mi respuesta.

Se excusó por haberme sobresaltado. Me llamaba la atención la firmeza de su temperamento, su autocontrol, hasta el punto de ponerme alerta.

Como si se hubiera propuesto corroborar mi impresión, sacó una especie de libreta de la bolsa negra de cuero que llevaba colgada al hombro. La depositó en el centro de la mesa.

La cubierta del pasaporte era rojiza.

Miré a mi alrededor con el corazón en un puño. Nadie nos observaba; la terraza de aquella triste taberna seguía casi desierta. Siempre me pongo nervioso cuando tengo que hablar

con una persona desconocida; si la desconocida es una mujer, los nervios me hacen sudar. Pero aquel día era otro el motivo de mi inquietud: el pasaporte me causaba temor, precisamente porque a primera vista parecía legal. Abrió el documento y me mostró una página. Llevaba el sello de la Prefectura de Marsella. Y, debajo, el nombre y apellidos de quien autorizaba el pasaporte, desconocidos para mí pero realzados por una rúbrica que me resultaba familiar, rematada por un trazo en forma de omega. Nosotros conocíamos al autor de aquella rúbrica como Franz Gleizes. También como *Lobo Negro*.

La joven me mostró a continuación la larga lista de países vedados. El pasaporte, sin embargo, servía para regresar a Italia, y, en el peor de los casos, a mí me bastaba esa única opción.

—Está usted en un error, se equivoca de persona —objeté, sin embargo.

La cálida luz de un sol afable relucía en la dentadura de la joven.

—¡Comprueba que todo está bien! —me ordenó con desdén.

Señaló el pasaporte con un altanero movimiento de la cabeza. Sus ojos esperaban a que yo cogiera el documento. Permanecí inmóvil: los pasaportes siempre me han parecido peligrosos, incluso los más legales que se puedan mostrar en territorios y tiempos de mayor calma. Ideado para acreditar que su portador no tiene problemas con la justicia, debería certificar que su titular es fiable, no un topo que busca refugio en las brumas de la clandestinidad.

Pero es imposible saber si quien muestra el pasaporte es un ciudadano intachable, y los gendarmes siempre fruncen el ceño cuando escrutan el aspecto de su portador:

Passport? Reisepass? Passaporto?

El control habla todas las lenguas.

Hice ademán de levantarme de la mesa.

La mujer me sujetó por el brazo y sus ojos verdes me ordenaron sentarme. La sonrisa que dibujaban sus labios no atenuaba su mirada autoritaria. No podía huir sin antes saber quién la enviaba, quién me estaba controlando hasta tal punto. Opté por obedecer. Me arrellané en la silla y estiré las piernas, evitando rozar sus zapatos.

Abrió el pasaporte por otra hoja. La página de los datos de identidad. Se veía una foto mía. Monique me la había hecho con una enorme Polaroid. El día de la foto no llevábamos aún mucho tiempo juntos. Fue el mismo día en que me convertí en dueño de la zamarra rojinegra de estilo canadiense que llevaba en la foto. Era mi cumpleaños, me la regaló Monique.

El viento del mar traía aroma a salitre, aunque amargo por el recuerdo de los sucesos de la noche anterior. Pero la imperterrita actitud de aquella mujer me impedía refugiarme en la amargura: había venido a verme con una misión, sin duda relacionada con el asesinato de Monique. Yo había sido testigo del crimen, había reconocido al asesino, pero aunque ellos no podían saberlo, el pasaporte era una forma de deshacerse de mí: «Cuanto más lejos te vayas, menos te molestaremos».

A mi inesperada visitante se le adivinaba la prisa por terminar. Hizo danzar en el aire su finísimo dedo índice, y me señaló como si me amenazara con un florete imaginario:

—*Touché!*

La ironía de aquella única palabra encendió en mi memoria como una bengala otro *touché!*, más sarcástico aún que el de la muchacha: Gerald D recurría a menudo a esa expresión, haciendo danzar también el dedo índice como un florete, pero sin despegar los labios; le encantaba ejercer de ventrílocuo.

Pero la ayuda de Gerald D era el último de los milagros que podía esperar en aquel momento.

NINGUNA PIEDAD, menos aún la que Gerald D destilaba gota a gota, podía conseguir que yo olvidara, ni mucho menos perdonara, el asesinato de Monique, la razón de que haya comenzado a contar todo esto. Puedo hilvanar a base de retazos lo que en retazos conozco, y uno de ellos corresponde al día en que aquella chica me ofreció el pasaporte. Por más que lograra hilvanar mis recuerdos más relevantes con la nitidez con que rememoro aquel encuentro, ello no resucitaría a Monique, pero me bastaría si así lograba hacer luz en las cloacas de mi interior.

Ni siquiera esperaba que Gerald D se olvidara de mí, porque había digerido hacía tiempo, bastante antes de que aquella joven apareciera con un pasaporte, que no podía dar marcha atrás y, como en nuestros mejores tiempos, decirle a Gerald D: «Te veo en forma, amigo mío». O bien: «He conocido un restaurante muy agradable cerca del parque Borély, vamos». O: «No debía llamarte por teléfono, lo sé, pero tengo dos entradas del hipódromo para mañana por la tarde».

Gerald D no era un necio, y se abstendría de cualquier *vendetta*, eso es cierto, pero no por escrúpulos, sino porque también yo, gracias a lo que sabía, disponía de armas contra él, incluso si me matara en alguna esquina. Fue él quien me lo enseñó: siempre hay que guardar, por si acaso, pruebas contra los amigos, sobre todo contra los más íntimos. No me limpiarían el forro, pero no por falta de ganas.

Me quedaban casi tantos movimientos como a Gerald D en la partida de ajedrez que jugábamos con nuestras vidas: tenía como baza no solo saber quién había matado a Monique, sino también la información relativa a las acciones en que habíamos participado.

El día en que la chica de vestido verde me ofreció el pasaporte, aún me dolía el recuerdo de Monique tendida en el suelo y sentía en mis dedos su sangre, caliente y roja. Se me pasó por la cabeza que el pasaporte podía ser una celada de los gendarmes. Alguien en la Prefectura se servía de aquella mujer para señalarme el camino a Ventimiglia. Querían que me largara de Marsella y sus alrededores, y para ello me proporcionaban un pasaporte, de forma que pudiera cumplir mi antiguo sueño. Pero, ¿y si la intención de los gendarmes de la Prefectura fuera precisamente lavarse las manos y desentenderse de mí, pasándoles el pastel a los carabinieri italianos? Me detendrían y, una vez en su cuartel, el jefe me saludaría con una carcajada, «Bienvenido a este hotel que siempre ha sido el tuyo», y un rodillazo me cortaría la respiración sin tiempo para llevarme las manos a la entrepierna.

Pero nada de lo que me rondaba la cabeza era digno de crédito: no hacía ocho horas que habían matado a Monique;

un pasaporte no se improvisa, hace falta una foto, falsificar las firmas...

Es obvio que el pasaporte, preparado antes de la muerte de Monique, había sido guardado en la recámara hasta aquel momento. Pero ¿por qué se me ofrecía inmediatamente después del asesinato de Monique? Tenía que existir alguna conexión entre ambas circunstancias, pero, atrapado en una madeja de infinidad de hilos, encontraba aristas a todas las hipótesis.

SENTÍA EN LA GARGANTA la áspera frialdad del aire que respiraba.

Pero a la mujer que tenía frente a mí le traían sin cuidado las cuitas de mi respiración. Pronunció con toda claridad el nombre y apellidos correspondientes a la foto:

—Ismael Dampierre. Francia te ha hecho un gran honor, ahora eres francés. No lo olvides.

Desde que me largué de Italia, siempre había tratado de parecer francés, me hacía ilusión que la gente pensara que lo era, a pesar de mi añoranza por Italia. En aquel momento, sin embargo, sentía el corazón vacío, exangüe.

La joven repitió el nombre, como si saboreara la sonoridad de una palabra de su agrado:

—Ismael...

Conocía el nombre por los cómics, y lo había oído un par de veces en una película que había visto en Antibes. Con la cabeza en plena ebullición, se me ocurrió que el nuevo nombre no era casual, que aquella mujer también habría visto la

película de la ballena blanca y recordaría, además, la escena de Ismael atado al lomo de la ballena.

—¿Por qué no Gregory, como Gregory Peck? —farfullé encolerizado.

Se limitó a encogerse de hombros con indiferencia; pero más que eso me indignó la altivez de las palabras que siguieron a su gesto:

—No hay nada como la Biblia a la hora dar con nombres plausibles. ¿Qué nombre fue a ponerle Abraham al hijo bastardo que concibió con su criada Agar?, ¡Ismael!

Aquella joven, de la que ni siquiera sabía el nombre, me estaba llamando hijo de puta.

—Bien, entendido... —le dije, tratando de sobreponerme—. Puestos a adivinar los motivos por los que me ofrezcas este pasaporte, parece que quien te ha enviado pretende asignarme un nombre adecuado a mi personalidad... Desea sacudirse de encima a un hijo de puta, es decir, enviarlo cuanto más lejos mejor...

—No soy quien para discutir tan arraigadas convicciones... —me respondió con impostada afabilidad.

Asqueado de su arrogante manera de hablar, hice ademán de protestar. En vano. Prosiguió en el mismo tono:

—Conocerás, claro está, el significado del nombre Ismael... —No me dio tiempo a delatar mi ignorancia—: ¡Dios está alerta!

Apenas acababa de llamarme hijo de puta, y ahora me amenazaba: «¡Ten cuidado, nos hemos hartado de ti!». El aviso era claro, tendría que ser cauteloso incluso después de haberme hecho con el pasaporte francés.

Miré con detenimiento a la joven. Era más bien alta, delgada. El pelo rubio ahuecado en ondas daba a su suave rostro un aspecto aún más pálido.

Yo, por mi parte, me sentía más tranquilo; no ganaba nada enojando a aquella mujer. Ella no tendría interés en prolongar la situación, no era más que una intermediaria, de manera que más me valía mostrar la mayor docilidad posible.

Tras un prolongado silencio, mostró de nuevo el destello de su brillante dentadura a pleno sol mientras pedía algo al camarero que aguardaba a la puerta de la taberna. Una inusual bebida italiana que me sorprendió. ¿Millefiori? ¿Un Carpano, tal vez? Algo fuerte, sin duda...

Yo no había terminado el pastís. Se había calentado a pleno sol. No pedí otro.

Aguardamos en silencio al camarero. Vacío el vaso de un trago y, aunque protesté, tomó el ticket que el hombre sujetaba con las yemas de los dedos.

—Cóbrese también su pastís —y tendió un billete al camarero, con ademán frío y apremiante.

Daba la impresión de querer marcharse rápidamente. No podía preguntarle quién la había enviado, por qué y para quién era yo un hijo de puta. No me respondería, y yo no tenía ganas de quedar en ridículo. Ella contabilizaba su obligado trato conmigo como tiempo perdido con un lerdo; entregado el pasaporte, su trabajo había terminado. No se tomaría más fatigas, salvo que el que me quería joder le ordenara, y pagara, otra cosa. Me acercó el pasaporte empujándolo con la punta de los dedos hasta el borde de la mesa.

Lo cogí.

Dos aves, una gaviota de un blanco sucio y una tórtola parda, cruzaron el aire ante mis ojos. Volaban en retozones bucles, como si jugaran a picotearse, trazando gráciles y vistosas espirales mil veces entrecruzadas.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, como unos veinte años. No se ha velado en mi recuerdo el vuelo de las dos aves; la imagen sigue tan viva en mi memoria como el primer día, y el ir y venir de ambas aves me trae a la memoria los dos o tres años que pasé con Monique.

2

—UN UNIFORME DECENTE nos obliga a los policías a ser decentes. *Hélas!* —decía, según cuentan, Franz Gleizes a sus gendarmes, pero más que el decoro en el uniforme, probablemente pretendiera subrayar la importancia de la disciplina.

¡Disciplina! Mis mecanismos psicológicos siempre han sido simples, de escasa complejidad, y me costaba mucho aceptar cuanto se me ordenaba y embridar mis opiniones. Intentaba no mostrar los sentimientos a flor de piel, pero el esfuerzo me agotaba. ¡Cumplir siempre ciegamente las órdenes! Pero, ¿para qué?

Je m'en fous.

Cuando, tras guardarme el pasaporte en el bolsillo, me levanté de la mesa de la terraza, la gaviota voló en dirección al mar y la tórtola hacia tierra, sorteando ambas las palmeras que se erguían frente a la terraza, como si se hubieran despedido.

Dorados destellos áureos titilaban como estrellas en la superficie del mar.

Recorrí sin rumbo las estrechas calles próximas al puerto, eludiendo la posibilidad de toparme con algún conocido, sin que mi mano perdiera ni un instante el contacto con el pasaporte. Comí un bocado en un bistró. Luego tomé el camino del puerto. A lo lejos se divisaban unas cuantas naves del ejército francés, fondeadas proa a Argelia, dispuestas para, en caso necesario, transportar a los hijos de la patria, *allons, enfants de la patrie!*, a la guerra que allá se libraba, para que el calor sofocante los torrara mientras disparaban desde sus trincheras de arena.

Vagué sin rumbo, siempre por calles poco frecuentadas, dedicando a mis cavilaciones no sé cuánto tiempo y no sé cuántas vueltas. Tomé a la carrera un tranvía en una calle amplia y desierta. Me senté, incómodo, en uno de los muchos asientos de madera libres. Con una mano en el bolsillo en que llevaba el pasaporte, controlé las miradas de los escasos viajeros durante todo el recorrido por las tortuosas calles deshabitadas a causa del agobiante calor. El tranvía pasó por delante de la sinagoga. Gerald D nos decía que eso trae mala suerte.

Bajé en la parada anterior a la que queda frente a la pensión en que me alojé una breve temporada. Hacía bastante tiempo que había abandonado aquella pensión. Era muy difícil que nadie me asociara con ella.

Caminaba entre las sombras, tomando por calles cada vez más estrechas, cuando vi que un gendarme se me acercaba de frente. Era, sorprendentemente, el primero que

veía en toda la mañana. Inquieto, miré a ambos lados. Pero no se divisaba en toda la calle ninguna placa publicitaria de bebidas que me señalara algún bar donde refugiarme. Entré en un portal, y entretuve la espera curioseando los nombres de los buzones, hasta que el gendarme pasó por delante del portal.

—¿No seré yo a quien usted busca? —me preguntó una ronca voz de fumadora.

Con el corazón en un puño, volví la cabeza. Desde los peldaños inferiores de la escalera, una mujer joven me dirigía su sonrisa de carmín. A pesar de su afabilidad, me costó serenar los desbocados latidos de mi corazón.

—Me he equivocado, perdón.

Pero la muchacha, en dos rápidos pasos, se interpuso entre la puerta exterior y yo. Sus firmes pechos pugnaban por rebasar el escote de un exiguo vestido.

Me habló con sorna, deslizando entre dientes sus sibilantes palabras.

—Claro. El gato se ha largado, y ahora el ratón no quiere protección.

Retiré la mirada de sus pechos.

—Me he equivocado de portal, perdón. Tengo prisa...

—¿Cómo no te voy a perdonar, *mon souris*? Con prisas y huyendo... Te conviene hacer amistades.

La aparté con brusquedad y salí del portal, enfadado conmigo mismo por perder el control apenas había asomado un gendarme. Apreté el paso calle abajo. El enjambre de maldiciones proferidas por la muchacha se me metía en los oídos con un rabioso zumbido.

Una vez en la pensión, recobré el aliento, pero no el sosiego: dos mujeres y sendas ofertas en la misma tórrida mañana. Demasiado, incluso para un pobre hombre de mala fortuna.

El recepcionista rellenaba un crucigrama. Cuando, tiempo atrás, me hospedé allí, también me parecía que estaba siempre enfrascado en el mismo crucigrama cuando pasaba a recoger la llave de mi habitación.

—Una habitación para una noche —le dije—. O para dos.

Sin levantar la vista del crucigrama, asintió con un abúlico gesto de la cabeza. No me pidió los datos. Dudé de que tuviera registrados los que le di en su día. No era mi problema.

—Voy a dormir un rato, que nadie me moleste, por favor.

Hundió la barbilla en el pecho en señal de asentimiento. Luego me señaló las tarifas que tenía a su espalda. Era tartamudo, le costaba mucho pronunciar las primeras sílabas. Pero cuando al fin lo conseguía, las palabras manaban de sus labios a una velocidad tremenda y sin cesar. Solo entonces desatendía el crucigrama.

Le pagué dos noches. Me entregó la llave con el número de la habitación colgado de un cordel.

EL PRIMER PISO desprendía el mismo olor a humedad que ya conocía. Cerré con pestillo la puerta de la habitación, y saqué el pasaporte del bolsillo. Lo arrojé sobre la cama. No me desvestí para tumbarme.

El documento parecía intachable, al menos a mis ojos. *République Française*. Número de pasaporte. Mi nombre y

apellidos falsos, una fecha de nacimiento, sexo, altura, color de mis ojos. Una dirección de Antibes desconocida para mí. La firma que certificaba la legalidad del pasaporte parecía verdadera, pero la rúbrica coincidía a todas luces con la de quien nosotros teníamos por Franz Gleizes. Exjefe de una gendarmería de Marsella, ignorábamos qué clase de trabajo hacía en la Policía desde que salió a la luz el contrabando de armas del Mers du Sud por el que fue procesado.

Cuando las grúas del Bassin D'Arenc descargaron los fusiles y granadas del Mers du Sud, el fiscal no pudo demostrar que Franz Gleizes hubiera aceptado soborno alguno. Ni tampoco que las armas incautadas estuvieran destinadas al general Raoul Salan, a pesar de que, sordo a las protestas de la defensa, el fiscal sugirió en tres o cuatro ocasiones la conexión entre Franz Gleizes y Salan.

«Sus pruebas son demasiado endeble para un delito tan grave», le reprochó el juez, según cuentan.

No obstante, durante los días que transcurrieron hasta que se pronunció sentencia, algunos periódicos se empeñaron con ahínco en que el juez tomara nota de lo que el fiscal había puesto sobre la mesa: Franz Gleizes había combatido en Indochina a las órdenes de Salan; fue nombrado, asimismo, jefe de Policía de un importante departamento de Argelia, siendo Salan gobernador militar de la colonia: el eco de las torturas que perseguía a Franz Gleizes era tal que suscitaba el desacuerdo de la prensa nacionalista francesa. En aquella época comenzamos a llamarle *Lobo Negro*. Para quitarse de medio cuando De Gaulle lo jubiló, Salan pasó casi un año en España, sobre todo en Madrid, y un mes escaso en el balneario de un

pequeño pueblo llamado Cestona, situado a muy pocos kilómetros de la frontera de Hendaya. La temporada de descanso no era más que una coartada para poder dedicarse a crear la OAS, grupo armado contrario a la independencia de Argelia. Franz Gleizes pasó unos días de vacaciones en el mismo balneario.

De nada sirvió el revuelo que se desencadenó en los círculos políticos: los jueces no cedieron a las presiones de la prensa, y consideraron no probadas las acusaciones contra Franz Gleizes. Así las cosas, los jueces querían dejar claro que tampoco estaban con De Gaulle, lo que, siempre según la prensa, libró a *Lobo Negro* de ser condenado.

El Gobierno de De Gaulle, probablemente para eludir el escándalo, apartó del cargo al jefe de la Gendarmería de Marsella, pero sin por ello expulsarlo de la Policía.

Pasaron los días. Gerald D había sido citado en el juicio como testigo por el abogado de Franz Gleizes, y después vino a darnos cuenta de lo que allí se había dicho. No añadió nada a lo que ya sabíamos por los periódicos, y nosotros nos abstuvimos de hacer preguntas: acostumbrábamos a guardar silencio aun en el ojo del huracán, por lo que pudiera pasar. Pero una vez apaciguado el torbellino provocado por la sentencia, seguimos recibiendo de tanto en tanto algún aviso, tarjeta o telegrama de *Lobo Negro*, hoy desde una gendarmería, mañana desde otra, y deduzco que después del juicio fue destinado a alguna prefectura próxima, y sé, porque todos los mensajes pasaban por mis manos, que remataba su rúbrica con un trazo parecido a una omega. Más de una vez he especulado con la idea de que tal vez fuera la marca de alguna

mafia o logia masónica. También se me ha pasado por la cabeza que la omega pudiera tener algo que ver con la OAS.

Son viejos asuntos, debería haberlos olvidado ya, pero se me han convertido en obsesiones, y no hay día en que no indague en ellos: aunque confieso que no tengo pruebas, estoy seguro de que más de una de nuestras acciones tenía conexión con la OAS, gracias a las relaciones de Franz Gleizes con Gerald D, en las que intuíamos una turbia conexión entre patriotismo e intereses particulares, pero no preguntábamos nada.

3

BEBÍ UN TRAGO DE AGUA directamente del grifo en el lavabo del baño. Volví a acostarme. El pasaporte seguía a mi lado.

«¡Coge el pasaporte y fuera de nuestra vista! –me urgía una voz interior—. ¡Déjanos en paz!».

Por alguna razón que desconocía, alguien estaba deseando que utilizara el pasaporte. Que lo mostrara en Ventimiglia, Le Perthus, Hendaya, Le Pann...

«¡Eh! ¿Cómo? ¿Ismael Dampierre? Venga con nosotros ¡Está detenido!».

Creo que el uso de identidad falsa se castigaba en Francia con tres o cuatro años de cárcel, en el mejor de los casos. Otro tanto en Italia. En España, no lo sé. Añádase a eso el blanqueo de dinero de oscura procedencia. Conspiración. Pertenencia a una organización criminal, y además en tiempos de la OAS y el FLN. Nada de ello induciría jamás a un juez